



**OSVALDO PICARDO**  
*21 gramos,*  
 la poesía y el  
 alma colectiva

Página 3



**CONTRATAPA**  
 El siroco  
 y los  
 mingitorios

Página 4



# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 3 | NÚMERO 152 | JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2014

## Los Autores ndies fueron a concurso



Archivo Histórico de Revistas Argentinas - [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

## "OCTUBRE", PARA MOSTRAR EL PENSAMIENTO NACIONAL Y LATINOAMERICANO

Dispuesta a hacerse terreno en la industria del libro pero sobre todo con la intención de difundir el pensamiento nacional y latinoamericano, nació la editorial Octubre, un sello que con sus nueve primeros títulos propone reflexionar sobre pasado, presente y futuro con la mirada puesta en lectores orientados a "entender la realidad, a verla creativamente, a modificarla". La editorial brotó

inspirada por "el mes de los cambios por definición", como condensa a **Telam** su director Nicolás Trotta sobre estos octubres marcados por la Rusia de 1917, la China del siglo XX o la Argentina de 1945, "cuando un 'aluvión' de descamisados salió a las calles, y con el nacimiento del peronismo también instaló esa idea de que las cosas podían ser diferentes".



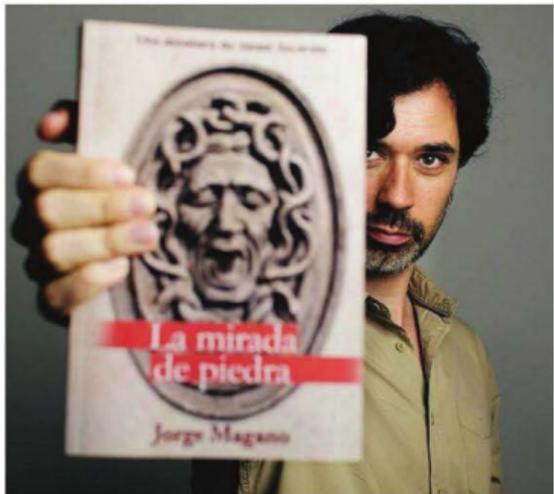
2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2014

# Los Autores Indies fueron a concurso



→ VICENTE BAXISTA

La voz indies se vincula naturalmente con la India, por lo cual "Autores Indies" en una primera y apresurada lectura, definiría a aquellos poetas y narradores interesados por las costumbres, las creencias religiosas, las lengüetas y las ceremonias de los numerosos grupos étnicos que viven en aquel país. Primer desengaño: los Autores Indies no tienen nada que ver con esa ancestral cultura gestada a mediados del II milenio antes de Cristo, lejos están del culto a dioses como Brahma, Shiva o Vishnu, ya que la hora de elegir una divinidad optarán por las redes sociales de internet, en cualquiera de sus formas, Facebook, Twitter, y por el éxito, también en cualquiera de sus formas. "Indie", en este caso, es una suerte de apócope de "independiente", es decir, bajo esa sigla se agruparían casi todos los autores de este planeta, ¿qué escritor se atreve a confesar que no es independiente? Tal vez con el fin de evitar incómodas revelaciones se fraguó la voz "Indie", que no se refiere a la independencia como categoría abstracta sino a la emancipación de los escritores con respecto a los editores. Hay que reconocer que el movimiento nace de una frustración, la que se genera como consecuencia del repetido desinterés de los editores clásicos para con aquellos autores ignotos. Hartos de ser rechazados, estos autores decidieron editar sus propios libros. Podría decirse, con fundamento, que esa noble faena de ningún modo es una primera, las ediciones de autor ya tienen algunos siglos de antigüedad. Al menos tuvo que pedir dinero a varios amigos para costear sus libros, Nietzsche pagó de su bolsillo la autoedición de 50 ejemplares de



GANADOR. JORGE MAGANO Y LA MIRADA DE PIEDRA. EL MÁS DESCARGADO DEL CERTAMEN ONLINE DE AMAZON.

*Así habló Zaratustra* y Lewis Carroll hizo lo mismo con *Alicia en el país de las maravillas*. Lo novedoso en el caso de los Autores Indies es que eligen la edición digital para dar a conocer sus obras.

En la primera década del siglo XXI numerosas plataformas de autoedición en formato digital pasieron en venta sus servicios. Las más mentadas son: BookCountry de Penguin Random House, Authorionomy de HarperCollins, Kindle Publishing Direct, Kobo Writing Life, iAuthor de Apple. El trámite de publicación es sencillo, hay que elegir cualquiera de esas plataformas de

autoedición (Doc, Docx o PDF), crear una portada, describir el libro con aspectos como la sinopsis, título o categoría y, finalmente, proponer el precio de venta. Cada plataforma reparte de diferente modo los beneficios de esas ventas, por lo general, el 70% le corresponde al autor y el 30% a la plataforma.

En la Feria de Frankfurt del pasado año, Amazon afirmaba que un 20% como mínimo de sus ventas provienen de escritores autoeditados, mientras que Kobo WritingLife aseguró que un 10% de sus ventas de libros procedía también de este tipo de ediciones.

Por tal razón, los editores y posteriormente los libreros, postencian con mayor ahínco aquellas novelas que posean una buena porción de melancolía y otra porción, igualmente buena, de sensilería. Una vez más se pone en movimiento la célebre mano oculta del mercado, aunque en este caso de oculta no tiene nada.

Amazon y el diario *El Mundo* de España organizaron el Primer Concurso Literario Online de Autores Indies, aunque para participar era preciso obedecer ciertas normas algo reñidas con lo que se entiende por independencia. Entre otras directivas, exigían un número mínimo de palabras y un número máximo de capítulos. Los Autores Indies aguardan ansiosos la llegada de nuevos concursos que, paradójicamente, les harían perder su proclamada independencia.

Participante no deberá estar prohibido o ser ofensivo" (...) "no podrá contener pornografía o representaciones ofensivas de actos sexuales gráficos" (abstenerse Henry Miller, Baudouin y tantos más), tampoco "contenidos tales como la crueldad con los animales y los materiales extremadamente inquietantes". Ignoro qué son "los materiales extremadamente inquietantes", pero ciertamente ni el tozudo capitán Ahab, empeñado en aniquilar a la ballena blanca, ni el temerario Tarzán, que anda por ahimantando a cuanto tigre, cocodrilo y león se le cruce por el camino, podrían competir en el concurso Literario Online de Autores Indies. Y una reveladora normativa final: "Los Participantes tendrán que ser conscientes de las diferencias culturales y sensibilidades. Algunos materiales pueden ser aceptables en un país, pero inaceptables en otros. Por favor tenga en cuenta nuestra comunidad global de clientes." No dicen "lectores" sino "clientes". Es que de eso se trata: no gana quien mejor escribe sino quien mejor vende.

Esa es la clave esencial de este singular concurso, que tuvo por jurado a los propios cibertueros quienes, a la manera de *El gran hermano*, no la célebre novela de George Orwell sino el no menos célebre formato televisivo que el mejor el nombre, debían votar por el rey de los setecientos títulos de más de treinta y dos países que se presentarían. *La mirada de piedra*, de Jorge Magano, obtuvo el primer premio, no por la supuesta calidad de la obra sino porque fue la novela que recibió más descargas. Además de su sitio en internet, *La mirada de piedra* será publicada por "La Esfera del Libro", una editorial madrileña especializada en volúmenes vistosos, al menos en el diseño de tapa. Los Autores Indies aguardan ansiosos la llegada de nuevos concursos que, paradójicamente, les harían perder su proclamada independencia.

Publicado en Japón en dos tomos entre 1997 y 1998, *Underground* condensa el mundo de no ficción de Haruki Murakami, el reconocido narrador japonés. El libro se adentra en la trastienda de la psicología de su país a partir de los testimonios de 62 sobrevivientes tras el atentado con gas sarín en el subte de Tokio en 1995, donde murieron 12 personas y más de 200 resultaron heridas.

Considerada una de las mayores tragedias ocurridas en el Japón de la posguerra, este atentado perpetrado por la secta religiosa Aum Shinrikyo—liderada por Shoko Asahara, etiquetado como un “falso profeta”—fue durante la hora pico en tres líneas del sistema de metro tokiota, cuando cinco adeptos pincharon con paraguas afilados bolsos de plástico envueltos en diarios con gas sarín.



JUEVES 30 DE OCTUBRE DE 2014 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

# 21 gramos



→ JUAN PABLO BERTAZZA

Tanto el nombre como el epígrafe que dan la bienvenida al último libro del poeta marplatense Osvaldo Picardo amagan con abordar de manera exhaustiva la recordada y taquillera película de 2003, dirigida por Alejandro González Iñárritu, escrita por Guillermo Arriaga y actuado por con un elenco de lujo, casi irrepetible: Sean Penn, Naomi Watts, Benicio del Toro y Charlotte Gainsbourg.

Sin embargo, apenas se empieza a desandar con fascinación cada uno de los poemas de este libro luego la primera impresión se va desvaneciendo: no sólo porque esa película funciona a manera de ejemplo importante pero no exclusivo en un libro donde abundan las referencias cinematográficas (*Taxi Driver*, *La mirada de Ulises*, entre otras) pero también pictóricas, literarias e incluso his-

tóricas; sino porque resulta evidente que el tema del libro trasciende lo que se entiende por alma—y su peso de 21 gramos que toda persona pierde al morir, aunque Picardo se encarga de aclarar que no existe prueba científica ni teológica al respecto—para apuntar, en todo caso, a otro tipo de alma, aun más importante, aun más trascendental, aun más relevante para la poesía: el alma cohesiva, el hábito inefable, intermitente y sagrado que rige las correspondencias entre lo material y lo abstracto, lo tangible y lo milagroso; el gran puente, en definitiva, que une lo cotidiano con lo divino.

Absolutamente todos los poemas de *21 gramos* (Ediciones en Danza)—un libro único pero riquísimo en posibilidades de lecturas, coherente pero admirablemente desestructurado—indagan en ese cruce de mundos que el platonismo, a fuerza de repúbli-

cas y alegorías de la caverna, se esforzó al máximo en separar pero que la poesía, a partir por ejemplo del claroscuro—sino de los grandes recursos de Osvaldo Picardo—suele ver no tan distintos.

Picardo lo hace con una expresividad y belleza admirables, tal como sucede en el poema en el que describe la verbulería de Titi de Berisso, con sus frutas y verduras rebosantes de verano y en el que termina haciendo foco en una suca balanza donde se pesa “un kilo del mismísimo Dios”.

Pero este precioso jardín de los senderos que convergen impacta desde antes, incluso desde el primer poema del libro, donde un nadador de espaldas hipnotiza al lector del toro y se aleja y lo lleva, “entre la visible consistencia y la más transparente inconsistencia”, “entre toneladas de relámpagos y el sordo respirar de los peces”.

Escritor, docente y también investigador universitario, Osvaldo Picardo se desempeña como director de la Editorial de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Eudem) y dirigió además la excelente revista *La pecera* hasta 2009, y cuyo regreso podrá llegar a anunciarse pronto.

Justamente alguien capaz de llevar adelante esa publicación que rescataba voces olvidadas y descubría nuevas expresiones poéticas—Picardo es de esos extraños creadores talentosos que además irradian generosidad—podría tener entre sus manos la llave para acceder a parte de lo que es el alma colectiva, los 21 gramos de la humanidad. Y en ese gran espíritu colectivo, como no podía ser de otra forma, tiene un lugar preponderante el mar que es, desde siempre, fuente inagotable de misterios, reflexiones, y ejemplos incontestables de lo sublime. El mar y la ciudad de Mar del Plata donde Osvaldo Picardo nació en 1955 y que conoce de manera profunda y vital, sin la frivolidad del turista touri-

to—cuya mirada está atravesada por tantas películas olvidables que la contaminaron—pero también sin la esterilidad desidia de muchos de sus habitantes que, acaso, anestesiaran la naturaleza excepcional de la Feliz.

Lo cierto es que *21 gramos* es de esos pocos libros que, al leerlos, no nos dejan igual que antes, tal como explica el final del notable poema “Y eso está donde se esperaba solamente un largo día de playa”: “Y donde se esperaba solamente un largo, divertido día de playa/se detiene para siempre el mar”.

Con títulos extensos (la belleza de los libros de poesía que no escatiman palabras para bautizar a cada uno de sus poemas) cuyo anzuelo capta una esencia lateral de lo que se está por decir (al mejor estilo Dylan Thomas) y un apéndice con aclaraciones y referencias que quizás esté de más teniendo en cuenta la emoción que generan estos poemas, más que el alma de un hombre, esos 21 gramos parecen mensurar por un instante el peso siempre elusivo de la poesía.



OSVALDO PICARDO



SEAN PENN



NAOMI WATTS



BENICIO DEL TORO



CHARLOTTE GAINSBOURG

La novela de Félix Bruzzone, *Las chanchas*, es como el eco armado de una anterior. *Los topes*, en la que el tema de los desaparecidos durante la dictadura militar acabara el primer plano, pero aquí emerge con otras connotaciones, una puesta en escena donde sobrevuela la desesperanza, el sarcasmo y la representación. "Acenas dos los primeros pasos fuera de casa, hacia el tacho del vecino (hay que

pasar frente al baldío y cruzar la calle de tierra), escucho los gritos de unas chicas. Trato de distinguirlas entre la penumbra y los árboles (...) - ¡Nos quieren secuestrar, por favor, señor, nos quieren secuestrar!". "El disparador de la trama es esa escena inicial y todo el libro es el desarrollo de esa situación", cuenta a **Télam** Bruzzone, autor también del libro de cuentos *76* y la novela *Barrabondo*.



CONTRATAPA

↳ Luis Soto

No soporto que anden tocándose la piel y el viento seguirá doliendo cachearte la cara. Viento de carácter el siroco. Me refugié en el Coradonga. Abriéndolo por la calidez de las mesitas de madera, es un bar donde no me siento solo. Juan, el mozo, dice que las mesitas fueron hechas antes que lo derrocaran a Illia. No hay trapo húmedo que logre borrar las huellas de esos 50 años de vida que la madera guarda celosamente. Anoche elegí la mesa 17, surcada por arrugas y cicatrices. La acaricié sin urgencias, ella se dejó. Y fue soltando diálogos, risas, algún silencio áspero, aromas a cañas y ginebras, el eco de un golpe que un cantor de tangos dio con los mullidos al ganar con el as de bastos un juego que venía de parda. Maquillar a una mesa con una capa de formica es un acto sacrilegio. En esa pista de patinaje basta una gota de detergente para arrasar los nidios del pasado. Las pobres no tienen historia. Y para espanto de Discípulo, son mesas que preguntan.

Anoche sólo hablé dos mesas ocupadas. Me senté junto al mostrador, coronado por un par de campanas de vidrio. De chico asociaba esas campanas con los mosquiteros que en verano envolvían la cama de matrimonio. Mi fantasía era que mi viejo colgaba los cortinados de tul por sí yo entraba al dormitorio mientras ellos se abrazaban. "Cuando vos te dormís, tu papá se coge a tu mamá", denunciaba mi primo Miguel. "Mentiras", dije. "Quedate despierto, va a ver", insistió. Procuré resistir el sueño, una semana estuve atento a lo que sucedía en la otra pieza, pero nunca escuché un jadeo o el rechinar del colchón. "Me quedé despierto, Miguel", dije. "¿No hacían nada?". "¡Dios!, los padres cogieron". "¡Mi mamá, no!", concentré mi defensa. Tenía 11 años. Vuelvo a las campanas. Desde que llegué me interesó la que guardaba tres huevos dueros: dos blancos, el otro marrón, adornados con ramitas de perejil. Algún mesaje escondido esa esfera de plástico negro como personaje vivo hubiera redondeado el clima de una naturaleza muerta. Estaba en plena franja contemplativa—no es bueno el café del bar, pero no res-



# El siroco y los mingitorios

para cierta paz—cuando me topé con mi último sueño. Todavía hago retoques en la reconstrucción. Curioso que el páncreas haya vuelto a tener un rol destacado, siempre como protagonista invisible. Todo comienza dándose una ducha en casa. De pronto siento que a mi cuerpo le falta una parte. Trato de identificar cuál. Ya va a pasar, pienso, es como si se hubiera caído un botón de la camisa. Ahí se corta la continuidad. Como si fuera una copia fallada de una película, cuando se reanuda la acción aparezco acostado en la cama de un quirófano. "¿Colón o qué dijeron que necesitan hoy?", pregunta uno con barbijo. "O páncreas...". La mafia del tráfico de órganos, pienso, pero recién en la reconstrucción, no en el sueño. Me escuchan un montón de focos y un coro infantil entona un villancico. La angustia me muerde como una rata acorralada. El coro para de cantar, yo empiezo a decir: "mi páncreas, tengo piedad". Es el final. Creo que la frase no estaba clara en el momento de escribir la reconstrucción. Al despertar sentí que era un hombre mutilado.

Eran las 9 y cuarto. El sueño fue al archivo y pedí una cerveza. Inquieta hundirse en la ciénaga persecutoria. Me pareció ver leves movimientos en mi campana. Un gusano trepando las hojas de perejil, pensé. El páncreas quedó descartado: mide 16,3 centímetros, no se puede confundir con un gusano. Estoy harto de ser yo, sentí en ese punto. Tragué una sobredosis de manías. "Ahí está *La Tita*", anunció Juan. Todavía sumergido en la ciénaga entendí estalactita. Una mujer de 45 años se sentó en la barra: cara cuadrada, pelo lleno de rulos grises, ancas robustas, un dije plateado balanceándose en el escote. Pidió un vaso de vino, años que yo no escuchaba decir "clarete". Bebió un sorbo y amagó levantar mi campana. Tenía manos toscas, bastante sucias. "¿No te escuché? *La Tita* no se entregó." "Arreglé esto." Yo luego, estoy por agarrar dos huevos y se cruza este señor. Todos los días como huevos, pero los pedí antes. Si va a comer dos, quédate con los blancos", traté de zafar. "¿Qué hacemos?", planteó *La Tita*, había dado vuelta el taburete, la mirada recorría mi mame-

tro 72 de la frente a los pies. El dije tenía forma de oreja humana, el diálogo era ridículo. Agarré el huevo marrón y uno blanco, casqué el blanco, lo abrí al medio, eché sal y me lo mandé. "El laburo, *Tita*?", fue pregunta provincial de *Josés*, que atiende el mostrador. "De Anchorena a Uruguay, era un desastre Corrientes", demoró en decir ella. "No avanzás, pero las fichas siguen bajando...". "Quiero viajes yo, el tacho no compensa con la espera", explicó la mujer. Fui al baño, líquere muero gris sin tabiques, belvedere ideal para medir el bulto del tipo de alado. El poce liberador de una meada justificó el paisaje. Con enorme alivio percibí que la sensación de tipo mutilado y vulnerable se iba yendo en la cresta de la meada, nada *donde se iba*, acaso también ella aliviana. Al disiparse el ensueño se me presentó el dibujo del páncreas que he visto tantas veces en el diccionario que heredé del abuelo *Lito*: Montaner y Simón, edición 1928. Con el dedo el páncreas de una oreja. Estado de coma para la teoría de los

alivios. En eso vi que *La Tita* entraba al baño. "La otra puerta es", avisó. Ella se metió igual. Para no mirarla a la cara (ni encastrar los pantalones), opté por controlar la posición de sus pies. Las zapatillas de búsqueda se detuvieron a un par de manguitos de mis mocasinos. *La Tita* dominaba la situación: yo había ido a mear, ella copaba el baño de hombres. Ahora te reconoces: una madrugada te levé en mi coche del Obelisco a Ezeiza. Ibas con otro tipo —dijo. ¿Cuándo?—pregunté. Haré 5, 6 años. Al llegar a los bosques vos hablaste del amasijo cuando volvió Perón. A un tal Osande nombrabas. Sos de los que viven de acordarse de todo, caras, palabras... Cambiá una letra de tachero y pasás al otro palo. ¿Qué tachero no se vende? En esta profesión el capital está en el oído y la memoria. Me acuerdo de ese viaje porque el otro dejó un moco en el respaldo del asiento. Vi cuando lo pegaba frotando el dedo. Fichaba por el espejo, ojos verdes, buena pinta. Me quedé en el molde. Fuleto no el del moco, pero si hubiera estado solo lo atraca-ba... —sospecho brota de franqueseo de *La Tita*, me mantuve callado. Nunca había pulseado con un hombre por un huevo. De gallina, digo—comentó soltando una carcajada. Pausa y se vino al mango central de alado. La tenía a 30 centímetros. "Mirá", dijo. No miré. Extendiendo el brazo mostré el huevo marrón. Yo leaño de los clásicos gráficos de baño de botiche: "Por una gamba *El Tarta* te daba a la hermanita de 13", y daba un celular. Después de pelar el huevo *La Tita* lo partió. "¿Querés un cachito?", ofreció. Usé mi gesto de decir no sin hablar. Ella tiró las mitades adentro del mingitorio que tenía enfrente. "¿En qué amás, flaco?", planteó en tono seductor. Retrocedí un paso, mima brava, se ponía grosera. "Es al pedo, con vos no va...". dijo *La Tita*, juntó las manos, hurgó en la hequetua y un chorro espeso, lumentante, que superaba espuma, me cayó de loza cayendo como un chaparrón sobre las carcas amarillentas del huevo partido. Livia con sol, asocié, promesa de arco iris.